

MUSASHI MI ENEMIGO

MASAKI KINOSHITA

Traducción del japonés:
Ismael Funes Aguilera
Bárbara Pesquer Isasi


QUATERNI

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Introducción | 9 |
| Arima Kihē, el Mataniños | 23 |
| Shishido de la kusarigama | 47 |
| Los colores de Yoshioka Kenpō | 77 |
| La espada de iniciación..... | 105 |
| La espada de Gan Ryū..... | 139 |
| La cruz de Muni..... | 169 |
| Los dibujos de Musashi..... | 205 |
| Bibliografía empleada por el autor..... | 225 |
| Entrevistados (Sin mención de títulos)..... | 227 |

ARIMA KIHĒ, EL MATANIÑOS

I

Arima Kihē cabalgaba a todo galope por la playa pertrechado en su armadura y su yelmo. A su espalda podía oír con claridad el resollar de sus huestes, que a duras penas le seguían el ritmo.

A su izquierda se alzaba el infame Unzenfu, el volcán que muchos años después se cobraría tantas vidas en sus repetidas erupciones. Al pie del volcán se extendía un páramo pantanoso que se aprovechaba para plantar arroz y que estaba atravesado de norte a sur por una senda ocupada ahora por las tropas. Para evitarlas, Arima Kihē y los suyos estaban rodeando los pantanos por la costa.

Al echar un breve vistazo a su derecha, vislumbró una decena de barcos de guerra de los Shimadzu, el clan aliado de los Arima, casi acariciando la costa en el extremo norte de la bahía. De las entrañas de los navíos sobresalían innumerables remos, lo que los hacía parecer enormes ciempiés. El barco más grande, a la cabeza del resto, lucía dos grandes cañones como columnas votivas en honor al dios de la guerra que pronto empezaron a tronar y escupir fuego y cuyos proyectiles sobrevolaron a Arima y sus tropas. Su objetivo era el destacamento de los Ryūsōji de Kyūshū, al norte de donde Arima se hallaba.

Los cañonazos tomaron por sorpresa a los Ryūsōji, que salieron en estampida dispersándose por el páramo. Tierra y hombres volaba por los aires; el terreno se estremecía como si hubiera un terremoto. El estandarte de los Ryūsōji, con el emblema del sol naciente, cayó al barro.

El ejército rival fue aniquilado mucho antes de lo planeado. De haberlo sabido una hora antes, Arima no habría dado aquel rodeo para hacerse con el campamento enemigo.

—Hemos hecho como Oda Nobunaga² en Okehazama. Dejad a los soldados; debemos concentrarnos en conseguir la cabeza del comandante.

Arima se mordió la lengua. Con veintisiete años, no contaba todavía con ningún triunfo en su historial. Quizá fuera su oportunidad.

Los pasos de los soldados y sirvientes que marchaban a su espalda se oían amortiguados. Se paró y se giró para mirarlos. Por supuesto, ellos no eran como él; les faltaba el vigor que a él le había proporcionado el duro entrenamiento al que se había sometido en Kashima Shintō Ryū³, donde había obtenido el título de maestro.

Iba a decirles algo, pero finalmente se tragó sus palabras. Sus subordinados estaban esforzándose, haciendo todo lo que podían. No obstante, así no llegarían a ninguna parte; debían avanzar. La impaciencia le aceleraba el corazón, que parecía salirse del pecho. Al final volvió a girar la cabeza y esbozó una sonrisa impostada, seguida de una risotada.

—Ya sabéis que en mi familia solemos morir jóvenes —dijo. Al escucharlo, los soldados alzaron la vista—. Si seguimos a este paso, falleceré del mismo mal de estómago que mi padre antes de que alcancemos la base enemiga.

Tal como las flores brotan en la pradera, los soldados se permitieron una sonrisa fugaz antes de apresurarse.

2 Oda Nobunaga (織田信長) (1534-1582) fue un poderoso señor feudal que intentó unificar Japón al final del período de los Estados en Guerra. Hasta entonces, el país había estado dividido en diversos estados que entraban en conflicto a menudo.

3 Kashima Shintō Ryū (鹿島新当流) es una escuela tradicional de artes marciales que fue fundada por Tsukahara Bokuden en 1530 y donde se enseña a dominar la catana, la *yari* (lanza) y la *naginata* (espada curva con un mango largo).

—Así me gusta. Mirad a la derecha: esos barcos de ahí son nuestros aliados.

Efectivamente, en el mar flotaban los barcos con sus enormes velas desplegadas al viento saludando a las tropas. En respuesta, los soldados arreciaron el paso sobre la arena.

Cuando el almacén que hacía las veces de base rival apareció ante ellos, ya lucían un blanco maquillaje en sus rostros que no era otra cosa que la arena que se les había adherido con el sudor. Entre sus muros medio derruidos se asomaron una o dos siluetas que desaparecieron inmediatamente, como si huyeran.

Un viejo arquero se acercó a Arima para avisarlo.

—Podría haber tropas ocultas. Peligro de emboscada.

Arima estaba de acuerdo. Si los soldados enemigos estaban armados con arcabuces, en diez pasos más estarían a tiro. No había tiempo para enviar una patrulla de reconocimiento; Shimadzu y Arima debían plantar sus orgullosos estandartes para mostrar que su fuerza conjunta había aplastado a los Ryōsōji. En las provincias bajo control imperial, la idea de unificar el país cada día ganaba más adeptos. El año anterior, Hashiba Hideyoshi⁴, un general de la familia Oda, había aplastado el intento de rebelión de Shibata Katsuie⁵. Sin embargo, Arima Kihē y sus hombres empezaban a tener la sensación de que ese tipo de levantamientos eran ya cosa del pasado.

Como tanto su padre como su abuelo habían muerto antes de cumplir los cuarenta de una enfermedad estomacal, Arima no creía que le quedara mucho tiempo. Necesitaba una hazaña que escribiera su nombre en la historia.

Cuando estaba a punto de dar la orden de avanzar, bajó la mirada y vio al viejo arquero que había servido en su familia desde la época de su abuelo. A pesar de su avanzada edad, había

4 Se refiere al sogún Toyotomi Hideyoshi (1537–1598), cuyo apellido era Kinoshita aunque posteriormente adoptó los nombres de Hashiba Chikuzen y Shibata Hideyoshi. Finalmente pasó a llamarse Toyotomi Hideyoshi, como se le conoce hoy día.

5 Shibata promovió un golpe de estado contra Oda Nobunaga en 1556.

conseguido ser padre hacía poco y hablaba continuamente del hijo que tanto había deseado.

Si aquello era una emboscada, no solo él perdería la vida, también todos sus subordinados. Finalmente no dio la orden de avanzar. Y, con ese avance fallido, se alejó también la oportunidad de lograr la gloria para su familia. Arima desenvainó y observó el filo de la espada, algo que siempre proporcionaba paz a su espíritu. Hizo el saludo ceremonial⁶ típico de la escuela Kashima Shintō Ryū.

Siempre que se encontraba ante una situación difícil, esa postura le ayudaba a vaciarse para lograr la calma necesaria. Todas las miradas estaban puestas en él. Hasta los veinte años no había hecho otra cosa más que practicar el arte de la espada, y todavía no había logrado ninguna hazaña. De su espada dependía no solo ganarse el reconocimiento de sus tropas, sino también el de su señor, Arima Harunobu, el líder del clan.

Arima abandonó lentamente la postura del saludo ceremonial.

—¿Podemos hacer señales de humo?

—Sí, señor.

—Hacedlas entonces, y disparad las flechas silbadoras contra la base.

Estas señales indicarían a los barcos aliados que se requería el apoyo de sus cañones.

—Como ordene. Destruiremos la base.

—No será necesario. Con el estruendo, los enemigos abandonarán su escondite.

Una columna de humo blanco se alzó de inmediato. Las flechas, que llevaban incorporado un silbato, producían un ruido parecido al llanto de un bebé cuando el viento las atravesaba.

Los cañones de los navíos no tardaron en tronar.

—¡Ya está, señor! —exclamó el viejo arquero.

6 御剣 *Goken*, saludo que se realiza antes de iniciar un combate para mostrar respeto tanto al contrincante como al arma, ya que la espada tiene un valor religioso importante en el sintoísmo. No todas las escuelas utilizan la misma combinación de movimientos para ejecutar este saludo.

El humo se alzaba en columnas del almacén destruido, como si se tratara de miembros humanos. Ya no había ningún obstáculo en su camino y Arima rugió la orden para que las tropas avanzaran.

Al acercarse a las ruinas, algo llamó su atención. De repente, su rostro se tornó lívido: lo que había a sus pies parecía un brazo humano. Era pequeño, no más grande que una zanahoria, y se agachó para verlo mejor. Lo agarró. Era el brazo de un bebé.

Lo dejó caer y se giró, horrorizado, hacia el almacén. La visión no hizo más que empeorar: allí estaban los cuerpos destrozados de un grupo de niños de menos de diez años, sin brazos ni piernas, las tripas esparcidas por doquier. Entre tanto horror, uno de ellos le llamó la atención. Por más que quiso, no pudo apartar los ojos de él. Se trataba de un niño de poco más de doce o trece años que tenía en una mano un trozo de papel con una bailarina cuya tinta todavía no se había secado. Los niños habían estado jugando cuando las balas de cañón cayeron sobre ellos, quizá intentando ahuyentar el miedo de la guerra con sus dibujos.

Mientras pensaba esto, se oyó otro cañonazo. La bala impactó justo delante de Arima y las piernas le empezaron a temblar incontrolablemente.

El papel en la mano muerta del niño quedó salpicado de sangre, roja y negra: los colores de la guerra.

II

—¡Pares!

—¡Nones!

Las voces se alzaban, airadas, en el oscuro tugurio de un callejón en la aldea de Hirafuku, Harima. Había varios grupos de hombres jugando a los dados. En uno de ellos, Arima Kihē se incorporó para lanzar los dados dentro del círculo.

—¡Pares! —gritó mientras echaba una mano de dedos demasiado arrugados para su edad a unas monedas.

—¿Otra vez pares? —le preguntó con voz socarrona su prostituta favorita, que estaba sentada a su lado, jugueteando con su largo cabello.

—¡Cierra el pico!

Una vez eliminados los elementos de distracción, Arima volvió a concentrarse en el cubilete. Lo levantó con parsimonia, con la mirada perdida a la derecha, y el resultado fue nones con un dos y un tres. Había perdido todo lo apostado.

Y es que Arima Kihē ya no era un guerrero, no después de que su orden de disparar los cañones provocara la muerte de los niños que se ocultaban en el almacén de Nagasaki durante la batalla de Okitanawate⁷. La que iba a ser su gran victoria causó que en Kyūshū todo el mundo lo conociera como «el Mataniños», una deshonra que manchó el buen nombre de su familia hasta el punto que el patriarca del clan no solo le retiró el estipendio sino que lo expulsó de la familia.

Con semejante historial, tuvo que rebajarse a vagar por todo Japón en búsqueda de un nuevo señor, pero nadie lo contrataba. Consideró fundar su propia escuela de artes marciales en el campo, pero ¿quién querría aprender de un guerrero con la espada manchada de sangre? No conseguiría discípulos. De manera que se dio por vencido, aceptó el pesado oprobio de ser «el Mataniños» y empezó a vivir solo pensando en sobrevivir para el día siguiente. Convertido en un jugador, en un tahúr, vagó hasta que sus pasos lo llevaron a Hirafuku.

Estaba a punto de conseguir la victoria del día. A su espalda se oía una cacofonía de voces de ánimo y palmadas. Entonces, un repiqueteo intenso comenzó a golpear el tejado.

—Se ha puesto a llover... —gruñó por lo bajo.

Un dolor intenso le atenazó la boca del estómago y subió por su garganta acompañado de náuseas. Su padre y su abuelo habían sufrido aquellas mismas molestias antes de morir.

Agarró el dinero para colocarlo donde quería apostar, pero la mano le temblaba tanto que no pudo hacerlo. La prostituta volvió a ponerle las monedas en la palma de la mano como si nada hubiera pasado.

7 También conocida como batalla de Shimabara. En realidad tuvo lugar en 1584.

—¿Estará bien el niño?

Kihē se giró para mirar a la mujer.

—¿Qué niño?

—Cuando venía hacia aquí vi un muchacho sosteniendo una proclama en medio de la plaza. Era la primera vez que lo veía. Si sigue allí, estará calado hasta los huesos.

—Kihē, más vale que te andes con ojo —le espetó un parroquiano a su espalda—. Llevas en este pueblo cuatro años y esta ya debe haberse aburrido de ti. En cuanto te descuides, te cambiará por uno más joven.

Todos empezaron a reírse, pero la prostituta frunció el ceño y se mantuvo callada, sin dejar de ensortijarse el cabello.

—¿Qué ponía en el edicto? —le preguntó Arima, aunque enseguida se arrepintió. La mujer seguramente no sabía leer, si acaso su nombre y el valor de las monedas.

Por supuesto, ella no respondió nada y Kihē volvió a concentrar su atención en los dados.

Cuando la columna de monedas que tenía delante de las rodillas ya se había reducido a la mitad, se produjo un silencio extraño entre los parroquianos del antro. Un par giró la cabeza en la misma dirección.

En la puerta estaba el desconocido cuya presencia había logrado acallar a aquel atajo de bravucones busca peleas. A primera vista, a Kihē le pareció que el hombre llevaba una armadura, pero tras fijarse mejor se dio cuenta de que iba vestido con ropa normal, aunque era tremendamente corpulento y musculoso. Sus brazos y piernas eran columnas cubiertas de un vello espeso y negro. Sus facciones eran tan duras que parecía llevar una máscara de metal, con unos ojos tan inyectados en sangre que parecían a punto de quebrarse.

El hombre echó a andar a grandes zancadas y todos se apartaron a su paso, como si fuera el macho alfa de una manada de lobos sumisos.

—¿Quién es ese? —preguntó Kihē a uno de los concurrentes.

—Apareció por aquí ayer... Tú también habrás oído hablar de él, se llama Miyamoto Munisai.

A Kihē se le cayeron las monedas que había estado acunando en la palma de su mano. Repiquetearon en el suelo como un cascabel, un sonido discordante en aquel tugurio.

Miyamoto Munisai pertenecía a la familia Shinmen y era más conocido como *Muni*. Era uno de los vasallos del clan de Ukita, que dominaba Bizen y Mimasaka (Okayama), y se había hecho famoso por batirse con un *jitte*⁸ y un *chōtō*⁹ usando un estilo de dos sables un poco excéntrico. Su *jitte* no era un palo de metal como el que usaban las patrullas urbanas sino el antiguo, una lanza cruciforme con tres puntas afiladas. Armado así, no era de extrañar que, tras una larga lista de sanguinarios combates, se hubiera ganado el sobrenombre de «la Bestia Rabiosa de Mimasaka». Además, se rumoreaba que se había visto obligado a abandonar el castillo debido a las cobardes maquinaciones de uno de los vasallos, que descubrió que Munisai tenía una relación ilícita con la concubina de su señor.

Miyamoto Muni fue directo al círculo de hombres, que inmediatamente se rompió para cederle paso. De su cuello colgaban dos objetos cruciformes: un *jitte* antiguo del tamaño de un paipái con los tres extremos afilados enfundados en cuero y una cruz más pequeña. A Kihē le costaba ver los detalles, ya que estaba mirando de soslayo. Puede que fuera un arma de mano o algún tipo de *shuriken*¹⁰. Un momento después se dio cuenta de que en realidad era una cruz cristiana. En su Kyūshū natal, los cristianos eran comunes, así que Kihē conocía sus costumbres y sus símbolos. No le cuadraba que aquel hombre

8 Arma de unos 45 cm de largo, sin bordes cortantes y con un saliente de 5 cm tras la empuñadura. Se usa para bloquear o enganchar al contrario por la ropa.

9 Arma con una hoja curva al final de un asta. Existen varios tipos: largas (2,20 - 2,65 metros) y cortas (con la hoja de la misma longitud que la empuñadura). En este caso se trata de una corta.

10 Arma arrojadiza. Podían tener distintas formas, aunque la más conocida en occidente es la de estrella.

llevara una cruz; debía de ser el trofeo de algún adversario caído.

—Apártate —espetó Muni a Kihē para sentarse a su lado. Se sacó unas monedas de la faltriquera con la fuerza de un águila y las lanzó dentro del círculo como quien hace una ofrenda religiosa—. Pares —añadió con tono dictatorial, dejando claro que se unía a la apuesta.

—Yo apuesto nones —se sumó otro.

—Bien, yo también voy a nones —añadió alguien más.

—Me la juego a pares.

Azulado por los demás, Kihē también apostó. Los hombres pusieron sus monedas en el círculo y se sumieron en un extraño silencio; solo se oía la lluvia, que había arreciado al compás del ímpetu de los jugadores.

Varias decenas de partidas después, una tercera parte de los jugadores se había retirado y otros nuevos se incorporaron. La prostituta levantó la cabeza que tenía apoyada en el hombro de Kihē.

—Oh, el niño... El que estaba delante del poste de los edictos.

Kihē miró la puerta de la taberna. El desconocido había entrado hacía un rato, aunque nadie se había percatado. Iba calado hasta los huesos y las gotas de agua caían del borde de sus mangas y de su pantalón formando pequeños charcos en el suelo. La tela mojada se le adhería al cuerpo, mostrando claramente la musculatura de un hombre.

—¿De qué niño estás hablando?

El individuo tenía la envergadura de un hombre adulto, no parecía un crío. Entonces se fijó en su cara: en su largo cuello se veía con claridad la nuez de Adán, pero su rostro era enjuto y sin aristas, redondeado y suave, con las mejillas levemente arreboladas. Si hubiera que juzgarlo solo por su rostro, tendría doce o trece años. Además, no llevaba la parte delantera de la cabeza afeitada; sobre su frente caía un flequillo, lo que indicaba que todavía no era mayor de edad.

El chico caminó silenciosamente hasta detenerse detrás de Muni. Kihē se fijó en que llevaba la espinilla izquierda vendada

con una tela roja. Con la lluvia, había resbalado sobre su piel y dejaba ver un enorme cardenal. Además, tenía en la mano un *bokutō*¹¹ de roble, el doble de grueso y el doble de largo de lo normal. Ya era raro que un niño llevara semejante arma; mucho más raro sería que supiera usarla con destreza. De hecho, Arima solo conocía a un par de especialistas, mayores que él.

Aunque el joven estaba completamente mojado, tanto el *bokutō* como la mano que lo sostenía parecían secos. Quizá lo había secado con un trapo justo antes de entrar a la taberna, pero ¿para qué?

Muni ni siquiera se dignó a levantar la mirada de los dados.

—Bennosuke, ¿dónde te habías metido? ¿Has conseguido algo?

Los ojos de los jugadores se clavaron en el chico.

—No, hoy tampoco ha aparecido ningún contrincante.

El muchacho no había terminado de pronunciar estas palabras cuando la furia de Muni estalló como un rayo; uno de los parroquianos dejó escapar un grito, aunque pocos pudieron ver lo que realmente pasó.

El flequillo del joven se agitó levemente; se produjo un destello y un *tantō*¹² se clavó profundamente en el muro a su espalda. Kihē no había perdido detalle: el muchacho había esquivado el arma con un giro rápido de cintura. Aunque su expresión no parecía haber variado, en realidad se había producido un ligero cambio en el brillo astuto de sus ojos, que denotaban una mayor dureza.

Muni volvió a concentrarse en el juego e hizo un gesto con la mano para que se marchara. El muchacho bajó la cabeza, sumiso, y se dirigió a la puerta apretando el *bokutō* tan fuerte que casi chirriaba. Kihē no se atrevió a preguntar hasta que este salió del tugurio.

—¿Haces que el chaval mendigue para ti? ¿Eso es lo que hace junto al poste de los edictos?

11 Sable de madera.

12 Arma corta similar a un puñal con una hoja entre 15 y 30 cm.